

antes morir que cometer una acción baja ó criminal (a); por otra parte, yo no puedo estar seguro de antemano que este enemigo en los últimos instantes no podrá *ferociam exuere*. Me parece que los jurisperitos de nuestros días, en vez de contener la violencia, tuercen más bien la ley, con la mira de autorizar aquellos procedimientos inicuos de los príncipes y de los estados que habiéndose hecho comunes aparecen menos criminales, aunque la costumbre nunca pueda alterar la naturaleza de lo bueno ni de lo malo.

Ruégote que ni los juegos de palabras de los abogados, ni los refinamientos de los casuístas (b) desvirtúen en ti aquellas llanas nociones de lo justo y de lo injusto que sugiere á todo hombre la recta razón y el simple buen sentido. No hagas á otro lo que no querías que se te hiciese, es una regla segura, simple é indisputable, prescrita por la justicia y la moral. Apégate á ella y convéncete de que todo lo que la forzar en algún grado, sea cual fuere el sesgo especioso que se le diere, y por embarazosa que pudiese parecer la respuesta, es no obstante, falso en sí mismo, injusto y criminal. Yo no conozco crimen en el mundo que en ciertos casos no se presente como permitido según la moral de los Jesuítas casuísticos, especialmente los veinticuatro que creo reunió Escobar. Los princi-

(a) *Yes, certainly, much rather die than do a base or criminal action.* Mucho antes morir que cometer una acción baja ó criminal aconsejaba este hombre de estado al hijo que educaba para que también lo fuese. ¡ Qué noble máxima! El alto funcionario público que la siguiere, verá acercar el fin de sus días con tranquila conciencia, así como por el contrario, han de ser necesariamente muy crueles los remordimientos de los generales, magistrados y ministros que no hubieren hecho escrupulo de violarla. Buscarán efigios, tratarán de consolarse con ejemplos, pero no podrán matar el gusano que les ha de roer mientras vivieren, porque, como dice el filósofo Alibert, « perdona Dios, perdonan los hombres, pero la conciencia jamás ». Ya que es triste dudar de la influencia de la civilización en la mejora del corazón humano, queda algún consuelo reconociendo que ha influido bastante en la de las costumbres y en el refrenamiento de crímenes de alto y pernicioso ejemplo; Ah! ¡ por qué fatalidad presenta nuestra patria á los treinta y un años del siglo diez y nueve, un crimen de estado de inaudita alevosidad! Tr.

(b) Thomas Morus, canciller de Inglaterra, á quien Enrique VIII mandó decapitar por no haber querido cambiar de religión por la del monarca, decía de los casuístas, que se esmeraban, no en libentar á los hombres del pecado, sino en enseñarles hasta qué punto pueden acercarse al pecado sin pecar: *Quam prope ad peccatum liceat accedere sine peccato.* Tr.

(1) *La muerte de Guerrero!*

pios que desde luego asientan estos padres, son por lo común especiosos y sus razonamientos plausibles, pero la conclusión siempre falsa, porque es contraria á la evidente é incontestable regla de justicia citada arriba: *no quieras para otros lo que no querías para ti mismo*. Sin embargo, como estos sofismas refinados, y estas sutilezas casuísticas, acomodan perfectamente á las pasiones de los hombres, aceptan éstos la indulgencia de buena gana, sin tomarse el trabajo de descubrir la falacia del raciocinio; y en verdad que podría decirse que el mayor número de gentes son incapaces de hacer este descubrimiento, siendo por este motivo más pernicioso la publicación de semejantes refinamientos y juegos de palabras. Yo no soy un casuista práctico ni un disputador sutil, y sin embargo, podría tratar de justificar y de absolver paso á paso la profesión de salteador de caminos (a), y esto de manera tan plausible, que determinaría á muchos ignorantes á abrazarla como inocente, cuando no como laudable, y á embarazar á otros menos ignorantes para responderme punto por punto (b). Yo he visto un libro titulado. *Quidlibet ex quolibet*, ó el arte de hacer cualquiera cosa fuera de la cosa misma, lo cual no es tan difícil como parecería, si abandonando ciertas verdades

(a) Un salteador desalmado en una comedia de Bretón de los Herreros, queriendo minorar lo odioso de su profesión dice á uno de sus compañeros:

Roba á su placer
Con su plata el usurero,
Con sus trampas el fullero,
Con su vara un mercader;
Roba una hermosa mujer
Con fingidas convulsiones;
Roban los viles soplones;
Roba un sastre más que miente;
¡ Y á nosotros solamente
Nos llama el mundo ladrones!

Tr.

(b) Ami du bien, de l'ordre et de l'humanité,
Le véritable esprit marche avec la bonté.

Quel honneur y a-t-il à poursuivre, à confondre,
A désoler quelqu'un qui ne peut vous répondre?
Ce triomphe honteux de la méchanceté,
Réunit la bassesse et l'inhumanité.
Quand sur l'esprit d'un autre on a quelque avantage,
N'est-il pas plus flatteur d'en mériter l'hommage,
De voiler, d'enhardir la faiblesse d'autrui,
Et d'en être à la fois et l'amour et l'appui?

(GRESSET.)

Tr.

llanas y obvias en lo general, fuese uno en pos de los argumentos especulativos, y de los ingeniosos refinamientos de las imaginaciones ardientes. El doctor Berkely, obispo de Cloyne, hombre muy respetable, ingenioso y literato, ha escrito un libro para probar que la materia no existe y que todo lo que vemos es ideal; que tú y yo nos imaginamos que comemos, bebemos y dormimos, tú en Lipsia y yo en Londres: que soñamos que tenemos carne y sangre, piernas y brazos etc., pero que en realidad no somos más de espíritu (a). Estos argumentos, estrictamente hablando, son incontrovertibles; con todo, están tan lejos de haberme convencido, que he resuelto comer, beber, andar y montar á caballo, con ánimo de conservar en el mejor estado posible aquella *materia* que tan erradamente me imagino forma mi cuerpo (b). El sentido común, — lejos en verdad de ser común — es el mejor sentido que yo conozca; presévalo y será tu mejor consejero. Lee y oye para tu diversión los ingeniosos sistemas y las delicadas cuestiones agitadas sutilmente con todos los refinamientos que puede sugerir el ardor de la imaginación, pero considéralos como un ejercicio para el alma, y vuelve luego á asegurarte del sentido común (c).

Tus cartas, á menos que no versen sobre un asunto determi-

(a) Calderón de la Barca, en su comedia *la Vida es sueño* dice:

Hay cuestión sobre saber
Si lo que se ve, y se goza
Es mentira ó es verdad.

En la misma pieza, considerando la vida desde un punto de vista más seguro y filosófico, que el obispo de que habla el autor, dice Calderón:

¿Qué es la vida? Un frenesí:
¿Qué es la vida? Una ilusión,
Una sombra, una ficción
Y el mayor bien en pequeño;
Que toda la vida es sueño,
Y los sueños sueño son.

Tr.

(b) Que sueños caprichosos nos formamos
Tal vez cuando velamos ó dormimos,
Y á veces confundimos y dudamos
Si vivimos el tiempo que soñamos
Ó soñamos el tiempo que dormimos.

(LARREA.) Tr.

(c) Les ridicules subtilités des dialecticiens ne peuvent rien contre les notions d'un bon esprit; et lors même qu'on n'est pas capable de les résoudre, on a droit de s'en moquer. (BAYLE.) Tr.

nado, son sumamente lacónicas y no corresponden á mis deseos, ni al intento de cartas como las nuestras, que no deberían ser más que conversaciones familiares entre amigos ausentes; y como yo deseo vivir contigo bajo el pie de íntimo amigo y no de padre, querría que tus cartas me informasen más particularmente de ti y de tus pequeñas ocupaciones. Cuando me escribas figúrate que conversas conmigo al lado del fuego, en cuyo caso harías naturalmente mención de los incidentes del día, v. g.: en dónde has estado, qué personas has visto, qué piensas de ellas etc. Haz esto en tus cartas; háblame unas veces de tus estudios, otras de tus diversiones; infórmame de las personas nuevas y los caracteres que encontrases en la sociedad, y agrega tus propias observaciones; en una palabra, déjame ver algo más de ti en tus cartas. ¿Cómo te hallas con Lord Pulteney, y cuál es su comportamiento en Lipsia? ¿Tiene instrucción, tiene prendas, tiene aplicación? ¿Es de buen ó de mal natural? En fin, ¿qué cosa es ó á lo menos qué piensas de él? Manifiéstamelo sin reserva porque te prometo guardar secreto. Has llegado á una edad que me tiene deseoso de comenzar contigo una correspondencia confidencial, y como por mi parte pienso escribirte libremente lo que pensare sobre hombres y cosas, y no querría que mis pensamientos fuesen conocidos más que de ti ó de M. Harte, también tú por tu lado puedes, si me escribes sin reserva, contar con mi inviolable secreto. Si has pasado alguna vez los ojos por las cartas de Madama de Sévigné á su hija Madama de Grignán, habrás necesariamente observado la facilidad, la franqueza y el amor que reinan en su correspondencia, y sin embargo, espero y aun creo que su mutuo afecto no era mayor que el nuestro. ¿Cuáles son los libros que lees actualmente como estudio, y cuáles para tu diversión? ¿En qué empleas la prima noche cuando la pasas en casa, y en dónde si fuera de ella? Sé que vas algunas veces á la tertulia de Madama Valentín; ¿qué es lo que allí se hace, se juega, se merienda ó se pasa sólo el tiempo en *la belle conversation*? ¿Atiendes á las lecciones de baile mientras te las da tu maestro? Como muchas ocasiones te has de ver en la necesidad de bailar un minué, desearía que supieses hacerlo perfectamente. Recuerda que el gracioso movimiento de los brazos, el garbo al dar la mano y el modo airoso de quitarse y ponerse el sombrero, son las partes esenciales del baile de un caballero (a). Pero la

(a) Este pasaje fué uno de los que más ridiculizaron los adversarios

principal ventaja que retirará aprendiendo el baile será de hallarte entonces en estado de presentarte, tomar asiento, permanecer en pie y andar con gallardía todo lo cual es de real importancia para un hombre de condición.

Desearía yo que te hallases pulido antes de ponerte en marcha para Berlín, en donde debes frecuentar una sociedad numerosa y selecta, y sería muy conveniente que tuvieses las maneras y el *ton de la bonne compagnie*, punto de mucha consideración, especialmente en la carrera á que te destinás. El principal objeto de un diplomático en país extranjero, es penetrar los secretos y descubrir las *veredas* de las cortes en que reside, y esto nunca lo conseguirá si no posee aquella agradable insinuación, aquellas maneras atractivas y aquel delicado manejo que, granjeándole todas las voluntades, hacen su presencia apetecida, y que adquiera en cierto modo la privanza en las mejores sociedades y familias. Entonces sí que se hallará bien informado de todo lo que pase,

de esta obra cuando por primera vez salió á luz en Londres. Los partidarios de ella no dejaron de defenderla. Decían los primeros que la religión del autor eran las gracias, acusándolo de haber tratado de inspirar á su hijo la moral de una cortesana y enseñándole las maneras de un bailarín. Los segundos pensaban que valerse de este pasaje para denigrar la memoria del autor, era abusar de la crítica, y preguntaban cuál era el hombre bien nacido, príncipe, rey, etc., á quien no hubiese sido necesario hablar alguna vez de estas materias. Agregaban que el autor escribió para su hijo únicamente creyéndose seguro de que sus pensamientos fuesen jamás conocidos, como él mismo lo dice en esta carta. Por último, creían justo tener consideración por un escritor que no podía defenderse, y cuyas obras habían visto la luz expresamente contra su voluntad.

El joven Stanhope, dice Lord Mahon, era muy inclinado al estudio, y poseía un fondo muy regular de conocimientos; la dificultad consistía en sus maneras torpes y en su indiferencia en el arte de agradar. Contra estas faltas pues, y sólo contra estas faltas, dirige Chesterfield la puntería de su elocuencia. Si hubiese visto que su hijo era por el contrario un gracioso necio, sus cartas sin duda ninguna, habrían versado, con igual celo, sobre la vanidad de las prendas exteriores cuando no van acompañadas de conocimientos sólidos y verdaderos.

La grande utilidad de estas cartas la confesó un eminente moralista, muy poco dispuesto en favor del autor, y desprovisto de prendas exteriores, el doctor Johnson, el cual dijo: *Take out the immorality, and the book should be put into the hands of every young gentleman*: suprimase la inmoralidad y la obra puede ponerse en manos de la juventud. Esta inmoralidad es la que el traductor ha suprimido, según lo expresa en la carta que sirve de prefacio.

Tr.

tanto por las confianzas que se le hicieren, como por los descuidos é indiscreciones de las personas de la compañía que se acostumbran á mirarle como de casa, y por consecuencia á no observarse ni estar sobre sí en su presencia. Un ministro que sólo va á la corte en que reside por haber pedido una audiencia en forma al príncipe ó al ministro, de acuerdo con las últimas instrucciones que ha recibido, despierta la atención, y nunca conocerá más que lo que ellos se propongan comunicarle. Las mujeres pueden ser aquí de alguna utilidad: la favorita de un rey, ó la mujer ó favorita de un ministro, son muy capaces de dar informes de gran importancia, ó á lo menos muy útiles, llevadas del vanaglorioso orgullo de hacer ver que se ha hecho confianza de ellas; pero para este caso se requiere aquel colmo de habilidad que deslumbra á las mujeres; quiero decir, aquella obsequiosa cortesanía, aquel delicado manejo, y aquel *brillo exterior* á que no pueden ellas resistir. Hay una especie de hombres tan parecidos á las mujeres, que deben tratarse justamente de la misma manera; hablo de aquellos que se llaman comunmente *bien parecidos* (*fine men*), que hierven en todas las cortes y palacios; que tienen poca reflexión y menos conocimientos; pero que por su buena crianza y práctica del mundo, son admitidos en todas las sociedades, y saben, por la imprudencia ó descuido de sus superiores, secretos dignos de ser conocidos, y que fácilmente se les arrancan con una poca de destreza. Á Dios.

BATH, 12 de Octubre de 1748.

MI QUERIDO HIJO.

Tres días há que vine aquí con motivo de una indisposición de vientre que afectó mi cabeza y me produjo vértigos. Sintíendome ya algo mejor, no dudo que el uso de estas aguas me restablecerá completamente; pero sea cual fuere mi salud y el lugar en que me hallare, tu bienestar, tu reputación, tus conocimientos y tus buenas costumbres, ocupan mi pensamiento más que cualquiera otra cosa que podría acontecerme ó infundirme esperanzas ó temores respecto á mí. Yo voy ya en retirada del mundo, y tú te preparas á recorrerlo. Para mí lo que ha sido ha sido, y la reflexión vendría muy tarde; para ti todo está por venir y aun en cierto modo la reflexión misma. Este es pues el verdadero tiempo en que mis reflexiones, fruto de mi expe-

riencia, pueden serte útiles supliendo las que á ti te faltan. Desde el momento que salieres de Lipsia comenzarás á entrar gradualmente en el gran mundo; y las primeras impresiones que en él hicieres serán para ti de grande importancia, pero las que recibieres serán decisivas porque nunca se borrarán. El medio de recibir buenas impresiones es frecuentar las buenas compañías, sobre todo al dar tus primeros pasos. Si me preguntas qué es lo que entiendo por buena compañía, te confesaré que es bastante difícil definirla, pero voy á hacer todo lo posible para que comprendas mis pensamientos.

La buena compañía no es aquella sociedad de personas que se consideran ó les place llamarse tales; este título conviene sólo á aquellas reuniones que todo el mundo reconoce como buena compañía, no obstante varias objeciones que podrían hacerse contra algunos de sus miembros. Se compone principalmente, pero no sin excepción, de personas de fina educación, de categoría y crédito; porque muy á menudo se admiten en ella y con mucha razón, á individuos sin estas cualidades sólo por algún mérito particular que los distingue, ó porque sobresalen en cualquiera ciencia ó arte liberal; y hay tal mezcla en la buena compañía, que muchas personas sin mérito ni fina educación, se introducen en ella á fuerza de descaro; otras se escurren bajo la protección de alguna persona eminente, y otros en fin, de costumbres insignificantes en todo sentido, logran contarse entre su número; pero en lo general prepondera la buena clase, y nunca se admiten personas de espíritu corrompido ó de infame reputación. En estas buenas compañías se aprenden sin disputa, las mejores maneras y el mejor lenguaje de cada lugar; sus miembros dan el tono á las primeras y establecen el segundo, y por eso se llaman maneras y lenguaje de la buena compañía; no habiendo un tribunal legal que fije ni uno ni otro.

Una sociedad compuesta enteramente de personas de primera distinción, no puede por este principio, y en la común aceptación de la frase, ser llamada buena compañía, á menos que al mismo tiempo no se componga de la gente acreditada y distinguida (*fashionable*) del lugar; porque las personas de categoría más elevada pueden ser tan necias, tan mal educadas y tan faltas de mérito, como las de condición más baja. Por otra parte, una compañía compuesta en su totalidad de personas de la última clase, sea cual fuere su mérito y sus cualidades, nunca puede ser llamada buena compañía, y por consiguiente no debe frecuen-

tarse demasiado, sin que por esto deba de ninguna manera despreciarse.

Una sociedad compuesta únicamente de literatos, aunque muy digna de aprecio y de respeto, no es acreedora al título de buena compañía; porque sus miembros no pueden tener el talante ni las maneras desembarazadas de las gentes con quienes no viven. Si tú puedes ser considerado y sostener tu parte en una reunión de esta especie, es de lo más justo que asistas á ella algunas veces, y se te considerará más en las otras por tener un lugar en aquélla; pero en tal caso no permitas que ocupe mucho tu atención, porque se te tendrá como uno de los literatos de profesión, y no es este el medio de brillar ni de elevarse en el mundo.

La compañía de ingenios vivos y poetas de profesión, es de lo más halagüeña para la mayor parte de los jóvenes, que si tienen talento se complacen en aquella sociedad, y si no lo tienen se muestran neciamente orgullosos de ser contados entre los que lo poseen; pero esta compañía debe frecuentarse con moderación y discernimiento, y de ninguna manera conviene que te dediques enteramente á ella porque la calificación de ingenio agudo es muy impopular y engendra una especie de terror. Las gentes en general, temen tanto en la sociedad á un ingenio agudo, como las mujeres á una escopeta, imaginándose que puede dispararse por sí sola y hacerles daño. Con todo, bien merece que solicites el conocimiento de estas personas, pero no exclusivamente, ni hasta el punto de hacer creer que sólo frecuentas su sociedad.

Pero entre todas las compañías, la que debe evitarse con mayor cuidado es aquella que es baja en toda la extensión de la palabra; baja en esfera, baja en cualidades, baja en maneras y baja en mérito. Quizá te sorprenderá que crea yo necesario precaverte contra tal compañía, mas no lo considero enteramente inútil, habiendo visto muchos ejemplos de personas de juicio y de categoría desacreditadas, envilecidas y arruinadas por frecuentar semejantes reuniones. La vanidad, origen de muchas de nuestras locuras y de algunos de nuestros crímenes, ha perdido á muchos hombres sumergiéndolos en compañías infinitamente inferiores á ellos en todo sentido, sólo por el deseo de ocupar el primer lugar, y de que se les aplauda y admire como corifeos y directores de aquella miserable sociedad que los degrada é inhabilita para asistir á otras mejores. Cuenta por seguro que caerás ó te elevarás al nivel de la compañía que más frecuentares, y

que el mundo juzgará de ti, no sin razón, con arreglo á aquel juicioso proverbio español: *dime con quién andas y te diré quién eres*. En cualquiera parte que te hallares, trata pues de frecuentar aquellas reuniones que todas las personas del lugar consideren como más selectas después de la suya propia, y esta es la mejor explicación que puedo hacerte, porque es ya una prueba de que la compañía de que se trata es distinguida. Pero aun aquí es muy necesaria una precaución cuya falta ha ocasionado la ruina de muchos jóvenes; la buena compañía, como he dicho arriba, se compone de personas de costumbres y caracteres muy diversos, aunque sus maneras sean casi las mismas; y cuando un joven novicio se presenta por primera vez en las sociedades y se decide con razón, á adoptar el tono y maneras que reinan en ellas, tiene por lo común la desgracia de engañarse en los objetos de su imitación; porque habiendo oído muchas ocasiones los absurdos términos de *vicios elegantes y de gran tono*; y observado que algunos de los individuos que más lucen, y que en general obtienen mayor aprecio y admiración, son disolutos, ebrios ó jugadores, adoptan sus vicios tomándolos por sus perfecciones é imaginándose que á ellos deben su brillo y distinción, cuando es precisamente lo contrario, porque la reputación de que gozan es debida á su saber, á su fina educación y á otras prendas reales, y sólo se miran tachados y degradados en el concepto de todas las personas sensatas por esos *vicios elegantes y de gran tono*. ¡ Bonita elegancia en efecto, y muy digna de imitarse, la de un hombre con un flujo vergonzoso ó sin nariz!; Excelente carácter sin duda, el de un jugador arrancándose los cabellos y echando pestes por haber perdido más de lo que posee!; Bello modelo que imitar el de un ebrio deponiendo por la noche los licores con que se ha atracado aquel día, y sufriendo al siguiente dolores de cabeza que lo vuelven estúpido! No: todo esto no es más de escoria de la peor especie, que en vez de aumentar el valor de los mejores caracteres los adultera y envilece. Para palpar esto, figúrate á un hombre sin talento ni recomendaciones de ninguna clase, entregado sólo á la disolución, al juego y á la embriaguez: ¿de qué manera será considerado por todo el mundo? de ninguna otra ciertamente que como un animal vicioso y despreciable; luego es claro que sólo las buenas cualidades de estos caracteres adulterados, son causa de que las gentes perdonen sus defectos sin justificarlos.

Espero y creo que tú no tendrás vicios; pero si desgraciada-

mente poseyeres algunos, te pido que á lo menos te contentes con los tuyos y no adoptes los de otros. Estoy convencido de que la adopción de vicios ajenos ha arruinado diez veces más número de jóvenes, que las inclinaciones que han recibido de la naturaleza.

Como yo no tengo embarazo en declarar mis errores pasados cuando juzgo que mi confesión puede redundar en tu beneficio, te haré saber que cuando comencé á asistir á la universidad, bebía yo y fumaba á pesar de la aversión natural que me infundía el licor y el tabaco, sólo porque miraba ambas cosas como elegantes y como si me comunicasen aire de hombre. Cuando salí fuera de mi patria, fui primero á la Haya, en donde el juego se hallaba muy en boga, y en donde observé que muchas personas de primer orden y de carácter distinguido se entregaban también á él; mis pocos años me hicieron considerarlo tontamente, como una de las buenas cualidades de aquellas personas, y como yo iba en pos de la perfección lo adopté como un paso necesario para alcanzarla, y de esta manera adquirí por error, el hábito de jugar, que lejos de embellecer mi carácter, estoy seguro que lo manchó en sumo grado.

Imita pues con discernimiento las reales perfecciones de la buena compañía en que pudieras hallar acceso; copia la delicadeza de las personas, su porte, sus maneras, y la forma cortés y desembarazada de su conversación; pero recuerda que por sobresalientes que fueren las personas, no por eso dejarán de ser sus vicios, si tienen algunos, otros tantos defectos que no querrás imitar; así como no querrías hacerte una verruga artificial en la cara, porque á un hombre de bella fisonomía le cupo la desgracia de tener una natural en la suya; al contrario, piensa cuán perfecto podría ser sin aquella tacha (a).

Confesando de esta manera mis extravíos, es justo que te haga ver ahora algunas de mis buenas cualidades; en todas partes traté de introducirme en las buenas compañías y casi siempre lo conseguí: les fuí grato hasta cierto punto, porque atestiguaba mi deseo de complacerles; y tuve siempre cuidado de no mostrarme distraído ni fuera de mí; al contrario, atendía á las menores palabras y á las acciones más insignificantes, sin que se es-

(a) Quand sur une personne on prétend se régler,
C'est par les beaux côtés qu'il faut lui ressembler.

(MOLIÈRE.)

capase á mis ojos nada de lo que estaba á su alcance : jamás falté á las más pequeñas atenciones y fui siempre asiduo observante de ellas. Estas cosas y no mis descarríos, me hicieron apreciable y querido de todo el mundo. Á Dios.

BATH, 19 de Octubre de 1748.

MI QUERIDO HIJO.

Habiéndote indicado en mi última qué clase de compañías debes frecuentar, te daré ahora algunas reglas para la conducta que en ellas debes seguir; reglas que mi propia experiencia y mis observaciones me ponen en estado de poder darte con algún grado de confianza. Varias veces te he dado avisos de esta naturaleza, pero ha sido á retazos, y ahora me propongo ser más regular y metódico. Nada diré relativamente á tu aire personal y á tu manera de presentarte, dejando todo esto al cuidado de tu maestro de baile, y á la atención que prestarás á los mejores modelos : recuerda sin embargo que son cosas de importancia.

Habla con frecuencia, pero no de hito en hito; y si no agradas, estarás seguro por lo menos de que no incomodas. *Paga tu escote*, como suele decirse, pero no pagues por toda la compañía, siendo este uno de los pocos casos en que las gentes miran el obsequio con indiferencia por hallarse convencidas de que les sobra con qué pagar.

No cuentes historias sino rara vez, y esto sólo cuando vengan muy al caso y que sean muy cortas. Omite las digresiones y toda circunstancia que no fuere esencial (a). Valerse con frecuencia de narraciones es indicio de mucha falta de imaginación.

Nunca agarres á nadie por los botones ó de la mano para que te oiga, porque si alguno no desea escucharte, más vale que retengas tu lengua que su persona.

(a)

Huye la proligidad
En tu decir
Que confunde el buen sentir
De la verdad :
Compendiosa brevedad
Es agradable,
Do la esfuerza firme estable
Autoridad.

(CASTILLA.) Tr.

Muchos platicones de sociedad se apoderan exclusivamente del infortunado que se encuentra cerca de ellos, ó de aquel que les parece silencioso, y le hablan sin cesar quedo, ó á lo menos á media voz. Esta es una mala crianza muy grande, y en cierto modo un fraude, porque la conversación es un fondo que pertenece á la sociedad común. Pero por otra parte, si cayeres en manos de alguno de estos habladores inconsiderados, escúchalo con paciencia, y si merece que lo complazcas concédele á lo menos una atención aparente, porque nada podría ser más halagüeño que verse escuchado pacientemente, así como nada le ofendería tanto como el dejarlo con la palabra en la boca, ó que descubriese tu impaciencia.

Vale más que sigas y no que des el tono de la compañía en que te hallares. Si tienes talento lo darás á conocer más ó menos en cada materia, y si no lo tienes será mejor que hables simplemente de lo que conversen los otros y no de asunto de tu propia elección.

En las compañías numerosas evita cuanto pudieres las controversias y las disputas porque son causas que ordinariamente indisponen por algún tiempo á los adversarios; y si la polémica subiere de punto en calor y vociferaciones, trata de cortarla con algún chiste inofensivo. Yo apacigüé una vez el ardor de una disputa de esta especie, diciendo á los contrincantes que aunque estaba seguro del silencio de las personas que se hallaban presentes, no podía sin embargo responder de la discreción de las que pasaban por la calle que necesariamente debían oír cuanto se decía.

Antes que todo y en cualesquiera circunstancias, evita cuanto fuere posible hablar de ti mismo. La vanidad y el orgullo se hallan tan arraigados en el corazón humano, que sin cesar se abren brecha bajo todas las formas del egoísmo aun en las personas de las mejores cualidades (a). Hay sujetos que de repente, y sin que haga ni venga al caso, saltan hablando ventajosamente de sí mismos, y estos tales son unos impudentes. Otros más diestros á su entender, inventan acusaciones contra sí mismos y

(a) Quizá ninguna de nuestras pasiones naturales, dice Franklin, es más rebelde, más incapaz de ser domada que el *orgullo* : disfracémoslo, sofoquémoslo y luchemos contra él tanto como queramos, siempre da señales de vida y salta y aparece en los momentos menos esperados. Tal vez lo descubriréis en este escrito, porque aun cuando haya yo llegado á considerarme completamente libre de tal pasión, es probable que me muestre *orgullos*o de mi humildad. Tr.